

Díaz, Cesar L.; Passaro, Marta; Giménez, Mario

Clarín y la guerra de Malvinas: Los dilemas del cambio de época

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

Díaz, C.; Passaro, M.; Giménez, M. (2014). Clarín y la guerra de Malvinas: Los dilemas del cambio de época. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4716/ev.4716.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Clarín y la guerra de Malvinas: los dilemas del cambio de época¹

Dr. César L. Díaz

CEHICOPEME- FPCS- UNLP (tatodiaz60@gmail.com)

Prof. M. Marta Passaro

CEHICOPEME- FPCS- UNLP (martapassaro@yahoo.com.ar)

Lic. Mario J. Giménez

CEHICOPEME- FPCS- UNLP (mariojgimenez@yahoo.com.ar)

La indagación de los discursos de los medios gráficos durante la última dictadura militar (1976-1983) implementada por nuestro equipo de investigación desde 1998, ha corroborado la compleja relación establecida entre medios-poder-sociedad. Los medios de comunicación componen una de las instituciones paradigmáticas que ofrecen plataformas privilegiadas para el ejercicio de ciertas expresiones del poder (económico, político, coercitivo), en este caso, el simbólico² ya que producen formas de representación y las transmiten a otros. Los medios en su rol de actores sociales y políticos, construyen relatos sobre la realidad, la interpretan, en otras palabras, se configuran como productores de sentido.

En esta oportunidad analizamos el discurso institucional del diario *Clarín* sobre la Guerra de Malvinas durante 1982. La superficie opinativa incluye a la sección editorial que representa “la opinión del periódico respecto a cualquier tema (...) artículos y columnas manifiestan opiniones que sólo involucran a sus autores; el editorial involucra institucionalmente al propio periódico” (Borrat, 1989: 138). En tanto, la metodología de análisis adoptada es cualitativa pues “se interesa, en especial, por la forma en que el mundo es comprendido, experimentado, producido; por el contexto y por los procesos; por la perspectiva de los participantes, por sus sentidos, por sus significados” (Vasilachis de Gialdino, 2006: 4) al tiempo de incorporar una perspectiva multidisciplinaria.

La guerra

La recuperación de las Islas Malvinas fue concretada por el tercer dictador del “proceso” Gral. L. Galtieri, el 2 de abril de 1982, cuando estaban por cumplirse 150 años de la ocupación inglesa y a 6 años de haberse iniciado la dictadura más sangrienta de la historia argentina. Entre las innumerables derivaciones de ese trágico periodo se registran 30.000 desaparecidos, 500 niños apropiados y una desindustrialización creciente agravada por un endeudamiento externo atroz.

Hacia 1982 el “proceso” aspiraba a relegitimarse hacia adentro del país y fortalecerse en el exterior. En verdad, el intento de generar un movimiento político que perpetuara a los militares en el poder se había iniciado infructuosamente con el segundo presidente de facto R. Viola (1981) y Galtieri seguiría sus pasos. Malvinas constituyó una parte de ese proyecto, impulsado por el jefe de la Armada Alte. Anaya, y adoptado como propio por Galtieri, al evaluar que esta “reparación histórica” tendría un efecto cohesivo (en las internas militares y sobre la sociedad) permitiendo prolongar el régimen. Por cierto, el apoyo popular a la causa de Malvinas puede pensarse por su carácter de mito fundador de la nacionalidad argentina (Menéndez, 1998: 37). A pesar de la oposición civil al régimen de facto de esos días, durante la guerra un consenso general y triunfalista pareció haberse instalado en el país, alimentando las esperanzas castrenses de alcanzar un acuerdo cívico militar (Quiroga, 2004: 293). Así las cosas, *“Malvinas se erigió en el símbolo de la unidad y de la continuidad nacional que el régimen proponía y la sociedad política y civil aceptaba”* (Guber, 2001: 38). En ese sentido, los medios de comunicación jugaron un papel sustantivo.

Mencionamos la oposición civil al régimen iniciada tempranamente por los organismos defensores de los DDHH contra las violaciones producidas por el terrorismo de Estado, seguida por los sectores sindicales y, hacia mediados de 1981, a través de la creación de la Multipartidaria (integrada por el Justicialismo, UCR, MID, PI y el PDC) que presionaban por el retorno a la democracia. En el ámbito internacional, la dictadura participaba de la represión antiguerrillera en Centroamérica como un aliado leal de EEUU y pretendía consolidarse como un adalid incuestionable en la lucha contra el comunismo internacional.

Apenas asumido el tercer dictador, la Junta decidió retomar las negociaciones diplomáticas con Gran Bretaña a través de una firme y agresiva campaña, pero un grupo reducido del sector duro militar planeó una breve ocupación de las islas y un retiro inmediato evaluando que el gobierno inglés optaría por la negociación (Cardoso, Kirschbaum, Van der Kooy, 1992: 75). No contemplaron la eventualidad de una respuesta desfavorable de la otra parte y la idea de “tomar para negociar”, fracasó.

Por ende, la guerra fue más impuesta que planeada ya que una serie de factores adelantaron la decisión de recuperar el territorio insular de mayo a abril. En ese marco se puede concebir la proclamada “recuperación de Malvinas” como una acción política publicitaria tendiente a consolidar la imagen nacional e internacional del gobierno de facto, que fue funcional al gobierno inglés, en particular a Margaret Thatcher, para superar su mala imagen ante la crisis que atravesaba.

Si para cualquier gobierno resulta necesario sostener sus políticas de Estado a través de cierto nivel de consenso, en este caso era imprescindible. Por lo cual, ambos países contrincantes cuidaron muy bien la construcción de la noticia que efectuaban los medios a través del control de la información. En el caso de la dictadura argentina, existía un mecanismo aceitado de prácticas censorias que fueron instalándose previamente al golpe de Estado pero que fueron sistematizadas con la implementación del dispositivo represivo³ que conllevó un significativo nivel de autocensura⁴. En el caso inglés, para Ramonet (1998: 184-185), se aprendió de la derrota de la Guerra de Vietnam y el rol cumplido por los medios. Por lo cual el gobierno postulaba que, ante los riesgos que correrían los cronistas de guerra⁵, se seleccionaría a un grupo reducido para su cobertura, vigilados por el ejército británico; una ingeniosa excusa para aplicar el control de la información. En simultáneo, se construyó una imagen agresiva del adversario, destacando en este caso la condición dictatorial del gobierno argentino que atacó militarmente a la soberanía inglesa. De este modo la guerra justificada ante la opinión pública británica, se presentaba como un enfrentamiento sin violencias gratuitas, sin víctimas inocentes y en el cual los militares británicos aparecían como caballeros. Malvinas impuso un “modelo de control mediático” que se aplicaría desde entonces en los conflictos en los que intervinieran las grandes potencias.

Un “socio” de la dictadura en el subsistema de los medios

El análisis de diversos diarios de reconocida trayectoria nacional e internacional nos ha permitido distinguir, hasta el momento, cuatro posicionamientos institucionales. El *periodismo de la dictadura* que involucra a los medios que, controlados y/o promovidos por los militares, fueron funcionales para amplificar su discurso, por caso el diario *Convicción* (Borrelli, 2008) y *La Opinión* de J. Timerman luego de la intervención del 25/5/77.

En un segundo grupo identificamos a los *no socios* conformado por aquéllos medios como *La Prensa*, *The Buenos Aires Herald* y *El Día*, ajenos a la participación de la empresa Papel Prensa SA, cuya posición institucional frente al régimen no fue homogénea sino más bien ambivalente. Por caso, legitimaron el golpe, los objetivos y algunas acciones del autodenominado “proceso”, el conflicto por el Canal de Beagle, la necesidad de acabar con la violencia promovida por las organizaciones armadas y el control de la inflación-, en tanto comenzaron a explicitar sus críticas frente a diversos aspectos de la gestión cívico militar – tales como, las violaciones a los DDHH, el avasallamiento de la libertad de expresión, la aceptación de los sindicalistas como interlocutores válidos, etc.- desplazamiento en la línea editorial que denominamos *periodismo pendular* (Díaz, 2009). Este viraje, entre otras

cuestiones enmarcadas en el plan del terrorismo de Estado, estuvo motivado por la constitución de la empresa papelera monopólica; cuestionada por los *no socios* con argumentaciones económicas, legales, políticas y éticas. Así, esa alianza originaria de los matutinos con el “proceso” fue debilitándose durante su transcurso, particularmente en la etapa de *deslegitimación* (1978-1981) (Quiroga, 2004) volviéndose insalvable a partir del fracaso bélico de Malvinas.

También identificamos a los diarios que respondían al paradigma de seguridad nacional, calificándolos como *socios* de la dictadura en Papel Prensa SA–*La Nación*, *La Razón* y *Clarín*– que ejercieron un *periodismo hermesiano* (Díaz, 2011). Los *socios* apoyaban el proyecto de consolidación del Estado represivo para lo cual era necesario erradicar cualquier forma de resistencia a los cambios en la esfera económica y política, cumpliendo un rol clave en instalar la idea de “orden y normalidad”. Estos órganos por sus coincidencias ideológicas se convirtieron en los principales legitimadores de la dictadura y su proyecto (Díaz, Passaro, 2009).

Sin embargo, el análisis de la columna institucional de *La Nación* y *Clarín* permite percibir el comienzo de un corrimiento editorial a partir de 1981 produciéndose, de esta forma, un distanciamiento de los “socios” del gobierno de facto (Díaz, Giménez, Passaro, 2011a), manifestado a través de la inclusión de algunas críticas y especialmente advertencias sobre los andariveles por los que comenzaba a transitar su gestión. Este cambio es apuntado también por otros autores (Sivak, 2013: 373; Mochkofsky, 2011: 83), lo que nos lleva a preguntarnos si no nos hallamos ante un cuarto estilo de periodismo durante el PRN (Díaz, Giménez, Passaro, 2014a). Estas modificaciones en la línea editorial, además de las vinculaciones propias del “cambio de clima de época” vivenciado durante el corto interregno de Viola, como quedó expuesto, seguramente también estuvieron relacionadas con la propia transformación interna producida en el diario a partir de la “expulsión” de los representantes del MID y, por ende, de la desvinculación obligada de Frigerio quien era el “hombre fuerte” hasta entonces.

Clarín y la euforia por la reconquista

La construcción editorial de *Clarín* del imaginario de la guerra de Malvinas presenta particularidades. En primer lugar, resalta una infrecuente presencia cuantitativa de notas que conforman el corpus de estudio y que atribuimos a la excepcionalidad de la coyuntura. Registramos un total de 34 editoriales en el periodo analizado (2/4/82- 31/12/82), de los cuales 10 se publicaron en abril, 13 en mayo, 3 en junio, 2 en agosto y 1 en noviembre. Además, en otras ocasiones reflexionó acerca de las restricciones sufridas por el periodismo

en esos días, justificándolas; si antes lo hiciera por su acuerdo con los postulados del PRN en la defensa de la seguridad nacional, ahora encontraba el argumento necesario al subordinar el ejercicio del periodismo a la defensa de la soberanía (Díaz, Giménez, Passaro, 2014).

Desde la perspectiva cualitativa advertimos que en varios enunciados la guerra era referida a través de eufemismos⁶: “una justificada reincorporación de una parte de nuestro territorio”, “toma”, “reparación”, “restauración”, “reconquista”, “operación incruenta”, “recuperación”, “devolución”. El discurso combinaba varios estilos editoriales⁷ para reforzar el sentido del concepto “recuperación” y los otros enlaces: lo que se recuperaba no eran unas islas conocidas por pocos argentinos sino “una Nación que ningún contemporáneo podía recordar como unida y en relativa coexistencia armónica con el estado” (Guber, 2001: 39).

Desde este enfoque, también identificamos tres instancias en el discurso editorial del medio, a partir de los temas incluidos en su agenda: la primera se produjo entre la ocupación de las Islas hasta el hundimiento del ARA General Belgrano (abril de 1982), una segunda que se desarrolla a partir de mayo hasta la rendición de las tropas argentinas (18/5-14/6/82) y la última acaecida en el período posguerra (15/6/82-31/12/82).

El primer momento se inició con una nota institucional apologética publicada el día posterior al desembarco en las islas, calificado por el matutino como la “reconquista”⁸. De este modo, justificaba esa decisión, destacando el rol de las tropas pero no el del régimen dictatorial. Aseveraba con un tono combativo y apologético que “*Fueron a reparar la sinrazón hecha a su país en los albores de su vida independiente (...) la agresión antigua, siempre denunciada. A restaurar, junto con la soberanía sobre el archipiélago, el honor nacional*”; explicando además, “*lo que realmente motivó siempre el sentimiento público es la reconquista de un fragmento de la Patria cuya ausencia era una mutilación*” (3/4/82)⁹. Afín al coro de medios, *Clarín* reforzaba los por entonces abrumadores discursos triunfalistas apelando a una retórica que exaltaba el sentimiento vivenciado a partir de la recuperación del territorio insular “*tenía la eficacia del mito fundador de la nacionalidad argentina y en ese sentido puede ser valorado y deseado por los miembros de dicha nación*” (Menéndez, 1998: 37).

Durante abril los ejes temáticos de las notas giraron en torno a dos temas prevalecientes: el alto nivel de consenso social frente a la gesta, por lo cual convocaba a fortalecer la “unión nacional” para consolidar la recuperación de la soberanía como objetivo supremo que se convertía de esta manera en un punto de inflexión en la historia nacional, pues “*La reconquista de las Malvinas, emprendida por sus hombres de armas, marca el fin de una época. En lo externo concluye el intento colonialista. En lo interno quedan atrás los*

contrastes, las inhibiciones, los desgarramientos, para hacer paso a una actitud a la vez firme y serena. Tal es la lectura que puede hacerse del acto multitudinario de la Plaza de Mayo” (11/4/82). El otro tema que enfatizaba era la intransigencia de Gran Bretaña para dialogar, ante lo cual le exigía que aceptara las nuevas reglas del juego internacional que abolieron al colonialismo decimonónico. Precisamente, mediante este fundamento acusaba al Reino Unido como responsable de la guerra, argumento que estimaba eficaz para legitimarla, por lo que fue tema editorial luego de los ataques ingleses efectuados en distintos puntos de -Georgias, Puerto Leigh y Grytviken- y de la rendición –sin oponer resistencia- firmada por el teniente de navío Alfredo Astiz, la que no fue mencionada. Si bien podríamos clasificar a la nota como una combinación de los estilos crítico y apologético, la exagerada presencia de subjetivemas valorativos empleados para enaltecer el desempeño de los soldados, nos permite calificarla como dogmática¹⁰. En efecto, esta categoría que proponemos amplía las ya expuestas y les brinda mayor precisión al valorar este tipo de enunciado: *“Los británicos que ayer tomaron las Georgias lo hicieron para la causa del colonialismo y de la antihistoria (...) en esas islas alejadas del continente y de sus naturales apoyos, solo a punta de heroicidad podían demostrar lo estéril del empeño del invasor. Lo hicieron más allá de lo que pudiera esperarse de cualquier esfuerzo humano. Quienes cayeron en acción tienen para siempre un lugar en el corazón del pueblo. Quienes sobrevivieron serán los testigos legendarios de esta lucha anticolonial que reproduce acontecimientos que parecían enterrados para siempre en la memoria de nuestras naciones”* (26/4/82).

De este modo, la columna editorial construía un sentido legitimador de la guerra que, en ocasiones, presentaba como principio de autoridad a las demandas de la ONU instando a la negociación de las partes y a los argumentos expuestos por Argentina en el ámbito diplomático, para aducir la indiscutible soberanía nacional sobre los archipiélagos por razones históricas, jurídicas, geográficas y geológicas. Este posicionamiento reforzó un discurso polarizado a través de subjetivemas que daban cuenta del perfil de cada uno de los actores intervinientes. En un primer momento, el Reino Unido era descalificado, por su política colonialista (*“la primera potencia de aquellos tiempos”, “potencia ocupante”, “potencia extracontinental”, “potencia europea”*), mas luego el cuestionamiento se focalizó en el gobierno británico (*“usurpador”, “La actitud cerril del gobierno británico”, “cerril intransigencia”, “La indignación levantada por la guerra austral, desatada por el gobierno de Londres”*).

Por otra parte y hasta el fin de guerra, el matutino eludía presentar al gobierno dictatorial como su contrincante, jerarquizando al “colectivo argentino” (*“la Argentina”, “el*

pueblo argentino”, “*la ciudadanía*”, “*el país*”), como el sujeto protagónico tal como referimos. El enunciado enfatizaba el apoyo popular ante decisiones adoptadas por Galtieri o por las autoridades militares refiriéndose a quienes llevaban adelante la acción (“*las tropas*”, “*los hombres de las fuerzas armadas*” o “*los efectivos argentinos*”) para evitar un discurso apologético de los jerarcas castrenses a tal punto que llegó a reflexionar: “*Podrá discutirse si las autoridades de Buenos Aires identificaron el momento oportuno para la reconquista o si evaluaron la reacción internacional en forma correcta, pero lo que no puede hacerse es negar a la Argentina el derecho moral a recuperar sus territorios*” (13/4/82).

Una llamativa nota publicada a poco de iniciada la guerra, titulada con un estilo expresivo “*Vox populi, vox Dei*”, abundaba en calificaciones propias del estilo dogmático que respondían al “arrebato patriótico” del editorialista y que construían un sentido de júbilo y entusiasmo ante la manifestación organizada el 10 de abril en la Plaza de Mayo “para mostrarla al general Haig como argumento en las negociaciones por las Malvinas” (Sigal, 2006: 334)¹¹: “*el fervor estaba muy lejos del patriotismo, era la expresión madura y serena de un pueblo que sabe perfectamente que cada vez que se pone en movimiento hace historia (...)el pueblo que rebasaba la Plaza de Mayo comenzó a corear – casi diríamos a gritar – las estrofas del Himno Nacional, el país entero estaba galvanizado. Fue una suerte de inmensa comunión colectiva que emocionó hasta las lágrimas a los hombres de prensa que cubrían el acto, según pudo advertirse en las imágenes de la televisión. Y ese grito unánime resonaba en las plazas de las restantes ciudades de la República, donde otras multitudes se habían reunido para manifestar desde todos los rincones de la Patria el sentir de un pueblo que, cuando está reunido en torno a las grandes consignas nacionales, se siente invencible, a la manera de la frase legendaria de Domingo Faustino Sarmiento: ‘La bandera argentina, Dios sea loado...’*” (11/4/82). No resulta llamativo que el diario evitara visibilizar en su columna las voces disidentes surgidas en torno al enfrentamiento, no por considerar ilegítimo el reclamo sino porque entendían que era una estrategia de perpetuación política de la dictadura en crisis¹².

Un día después editorializaba sobre el bloqueo a las islas combinando los estilos explicativo y apologético, para expresar una expectativa excesivamente optimista en relación con las cualidades operacionales de las FF.AA, en lugar de guardar la medida que un conflicto de este tenor demanda a los medios en particular por la responsabilidad social que les cabe: “*En el Reino Unido no se desconoce la capacidad operativa de las Fuerzas Armadas argentinas. Sus efectivos podrán tener desventaja numérica, pero están perfectamente preparados, tienen un alto espíritu de combate y utilizarán medios modernos. La diferencia*

de cantidad queda compensada en parte por la distancia a que debe operar la flota británica con respecto a las bases. La posibilidad de recapturar el archipiélago contra una defensa eficaz, desde las islas y desde el continente, es remota” (12/4/82). En la misma nota hacía referencia a la presencia de submarinos en la zona. Deseamos puntualizar que el matutino construyó la noticia, entre marzo y abril de 1982, sobre la amenaza de un submarino británico (el Superb) que supuestamente intervendría en el conflicto. Esa versión fue puesta a circular a partir de un rumor que tuvo “como fuente exclusiva a los medios de comunicación” cuando se invertía “la preeminencia de las fuentes textuales oficiales sobre las extraoficiales” y por lo tanto era falaz¹³, pero que convirtió en verdad mediática, tal como lo analiza Escudero (1996: 145 y 171). Finalmente, se supo que el submarino referido jamás había salido de su base en Escocia.

También publicó algunas columnas que reflexionaban sobre la solidaridad latinoamericana (15/4/82), las gestiones diplomáticas que se estaban llevando a cabo (20/4/82), y las declaraciones de OEA instando a la tregua y al diálogo (29/4/82). No obstante, estas alusiones a la faz diplomática del enfrentamiento, en un editorial publicado el día 2/5/82 reforzaba la representación de un país “puesto” en situación de guerra (*“ha debido alejarse de la mesa del diálogo para empuñar con decisión las armas [reafirmando que ello sería así] por todo el tiempo que resulte necesario”*). De este modo, la nota presentaba la particularidad de argumentar de tal forma que cualquiera fuera el resultado del enfrentamiento, el matutino saldría bien parado. Así en esta nota institucional como en la del día 5/5/82, si bien en una parte justificaba las acciones bélicas desarrolladas con el fin de recuperar el territorio usurpado, al finalizar apelaba al camino de la diplomacia en tanto se presentaran las condiciones que consideraba válidas; *“no cejaremos, pues, en recomendar el camino de la negociación en cuanto ella sea posible y en cuanto exista alguna garantía de que ella conducirá por vías honorables. Los fines nacionales terminan por obtenerse siempre, cuando tras ellos se alinea un pueblo con nítida conciencia y sólida firmeza como es el nuestro, abarcando en ese término a las fuerzas armadas. Pero los estragos de la guerra no se reparan nunca y en ello deben pensar quienes tienen la posibilidad de la decisión en todas partes. La firme disposición a repeler la agresión por los medios existentes no está reñida – por el contrario- con la aptitud dialogante, siempre que ella esté asistida por la comunidad internacional en forma decorosa y razonable”* (2/5/82).

De este modo, el discurso legitimador del reclamo por la soberanía y la forma de llevarlo a cabo, no obstante elidiera establecer la responsabilidad del gobierno en su

concreción, se mantuvo en la agenda editorial del diario hasta el hundimiento del crucero General Belgrano.

Malvinas entretanto

En el segundo momento que identificamos en los editoriales analizados el discurso continuaba reforzando el imaginario de una nación unida tras la causa legítima que llevó a la guerra e incluía a otros actores vinculados con el conflicto.

La construcción de la representación de un escenario de guerra polarizado en sus enunciados, contrastó la posición adoptada por los “aliados amigos” y los “solidarios con los ingleses”. Dentro del primer grupo, incluía a los que ya habían sido identificados en sus columnas, como la OEA y el respaldo de otros países del continente: “*la solidaridad latinoamericana ha sido amplia, como se vio en la reunión del órgano de consulta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), y ha alcanzado picos conmovedores en naciones cuyas raíces históricas se confunden con las nuestras, regadas por la sangre de los mismos héroes durante las luchas por la independencia*” (20 y 24/5/82) sumando también a “*la adhesión por la causa nacional*” de colectividades inmigrantes y residentes extranjeros (6/5/82)¹⁴, lo cual venía a reforzar el imaginario de una identidad nacional forjada por dos vertientes que confluyeron en un mismo cauce: la heroica guerra independentista y el esfuerzo abnegado de los extranjeros.

La configuración de los “otros” alineados al oponente¹⁵, incluía a la Comunidad Económica Europea y a EEUU, enmarcadas en la rivalidad de occidente con la URSS (12/5/82). Por caso, a raíz de las sanciones económicas formuladas por la CEE a la Argentina (25/5/82) advertía con estilo predictivo: “*Occidente debe interrogarse con la mayor seriedad acerca de si el precio de su cohesión militar frente a su adversario soviético es el mantenimiento del colonialismo en las posesiones que todavía no han sido liberadas. Si fuera así, podría augurarse un curso aciago a los años restantes de esta década. Pues nadie podrá solventar solidaridades pisoteando los derechos de otros pueblos*” (18/5/82). En las afirmaciones puede observarse la utilización de la acechanza “comunista”, propia de la doctrina de la seguridad nacional y enarbolada después de 1976 como factor de cohesión interna, pero que a partir del conflicto bélico en el Atlántico Sur sería esgrimida para poner en duda su validez si lesionaba los derechos soberanos de países como el nuestro.

En relación con EEUU resulta interesante destacar un editorial que analizaba la entrevista efectuada por la revista brasileña *Veja*¹⁶ a Ronald Reagan, porque presentándola como principio de autoridad, el matutino exponía las falsas expectativas de las fuerzas

armadas argentinas de contar con el apoyo yanqui en Malvinas como reconocimiento a su actuación en la lucha contra los revolucionarios sandinistas nicaragüenses: *“Sobre la base de los principios generales que rigen las relaciones internacionales pudo suponerse que cualquier apoyo táctico brindado por el gobierno militar argentino en temas que hacían a la planificación de la diplomacia estadounidense era un aporte que no entrañaba reciprocidad, salvo que ella hubiera sido taxativamente convenida. Es lógico que fuera así. Una superpotencia como Estados Unidos tiene en nuestro tiempo responsabilidades globales e indelegables”* (11/5/82). Clarín exponía que esa interpretación podía haber sido un “malentendido” de la revista acerca de las declaraciones del presidente de la potencia americana, no obstante visibilizaba la posibilidad concreta, que luego sería confirmada.

Después del hundimiento del crucero General Belgrano, acción duramente criticada por el matutino (10/5/82), publicó una columna admonitoria titulada *“Pensar la Posguerra”* en la que reflexionaba acerca del devenir inmediato. Reafirmaba su argumentación sobre el cambio de época con estilo predictivo enunciando que *“el país ha dejado de ser el mismo después del 2 de abril. Tal afirmación es justa e implica la derrota de los exclusivismos y de las apuestas sectarias”*, por lo cual se dirigía a los actores de la sociedad civil para señalarles que debían abstenerse de efectuar demandas sectoriales descalificándolas como *“reivindicaciones menudas”* en tanto actuaba como asesor de la dictadura al esgrimir: *“el gobierno militar no podrá demorar innecesariamente el proceso democratizador ni perder la oportunidad de cerrar su propia gestión con broche de oro”*. Ante el primer acto bélico de consideración en el conflicto austral, insistiría con un mensaje de alto pragmatismo al resignificar la tragedia de la muerte de más de tres centenares de compatriotas, como un punto de inflexión que daría lugar al comienzo de *“la marcha hacia la democracia y la reconstrucción nacional [pues] aparecen en el horizonte como la perspectiva óptima para un país que se ha de refundar desde la sangre y las lágrimas”* (17/5/82).

Hacia fines de mes incluiría en un tono apologético en tres oportunidades la “intervención” del Papa Juan Pablo II¹⁷, calificándola como: *“respuesta sabia”*, *“inspiradora modestia”*, *“ejemplar humildad”*. Primero refirió el inminente viaje que realizaría a la Argentina y que, a entender del diario, era motivado por cuestiones pastorales no obstante pudiera traer consecuencias en la esfera política. Esta declaración formal era refutada con la conclusión editorial que tenía implícita una expectativa sobre la resolución del conflicto muy alejada del exitismo de los primeros días: *“Su palabra será como un bálsamo para las heridas de la batalla y contribuirá a afirmar la perspectiva de una paz digna”* (27/5/82).

Entonces insinuaba que la dignidad ya no quedaría sólo vinculada al sostenimiento de la soberanía territorial de las islas australes, sino también a la capacidad carismática del Papa.

La segunda columna se editó ante la inminente llegada de la máxima autoridad de la Iglesia Católica y a dos días de que el general Mario B. Menéndez se rindiera, con el inocultable cometido de preparar el ánimo de sus lectores ante la irreversibilidad de la derrota en las Islas. El diario entendía que el Sumo Pontífice expresaría un mensaje cuyos términos resultaban a priori, ajenos a la vida cotidiana de sus receptores, a quienes responsabilizaba de manera generalizada y sin distinción de responsabilidades sobre la “situación de violencia” atravesada por el país. Así, *Clarín* desarrollaba una explicación enmarcada en la teoría de los dos demonios, infrecuente hasta este momento en su columna editorial, al afirmar: “*El Papa hablará de paz en una tierra que vive en pleno estruendo bélico. El Papa hablará de derechos humanos en una comunidad que los ha violado demasiado a menudo en los últimos años, tanto con la estéril pretensión de instaurar una feliz y definitiva utopía revolucionaria, como con la sistemática represión de la disidencia y de las libertades individuales*” (11/6/82). En la última nota retomaba la noción de unidad ahora frente a la derrota: “*la compacta muchedumbre (...) la magnitud y el énfasis de la acogida, por la diversidad de quienes la protagonizaron —la gente humilde, la gente sencilla formaba legiones— y por la organización de un pueblo que se presentaba a él en el mismo momento en que estaba afrontando los mayores desafíos de su historia contemporánea*” (12/6/82). Resulta notorio que esta posición editorial, publicada cuando la última razón superior para permanecer en el poder que podía invocar la dictadura gobernante estaba a punto de desvanecerse y, cuando aún los representantes partidarios y de las distintas organizaciones sindicales, sociales y de derechos humanos no se encontraban en condiciones de alcanzar un significativo consenso per se, invocara la adhesión mayoritaria a una figura de connotación universal para legitimar el camino que el diario proponía transitar: el de la paz.

Durante el periodo analizado *Clarín*, que no había cuestionado la legitimidad del reclamo por nuestro derecho soberano en Malvinas ni la de los medios implementados para alcanzarlo, empleara, en las dos últimas notas consultadas, expresiones que resultan verdaderamente llamativas. En ambas reafirmó que la conflagración bélica no se produjo por la decisión de la dictadura de recuperar las Islas por la vía armada, por lo cual construyó un sentido de guerra no deseada: “*La Argentina, desde luego, está dispuesta a continuar la guerra que le es impuesta por la fuerza expedicionaria. Lo hará hasta el límite de sus fuerzas*” (24/5/82); “*injusta guerra austral a que nos somete el poder externo*” (12/6/82). Podríamos concluir que o bien el matutino continuaba imbuido del sentido de la “causa justa” a la que refería Guber, compartida por el imaginario social de la época, o bien, especular que la

cúpula del diario¹⁸ sabía que la idea original de los militares era ocupar y retirarse para negociar, por lo que no existía un plan concreto para su defensa y que la guerra fue resultado de un conjunto de improvisaciones.

Pensar la posguerra

Luego de la derrota y hasta finalizar el año *Clarín* dedicó solo cuatro notas referidas a la guerra, alejadas del estilo triunfalista de los primeros tiempos. Una particularidad de los editoriales publicados en esta etapa fue que los enunciados aludían a la responsabilidad del gobierno en las decisiones tomadas, a diferencia de las anteriores. Así en una nota publicada el día posterior a la rendición titulada “*Prioridad: la paz*”, combinaba los estilos crítico y admonitorio para señalar que era preciso “*transformar ese cese del fuego en una paz que fuera, a la vez, honrosa y permanente. Tal era anoche la definitiva responsabilidad del actual Gobierno*” (15/6/82).

Al respecto, *Clarín* reivindicaría un posicionamiento pacifista y negociador aludiendo a sus propios editoriales publicados el 2 y 5/5/82 en los cuales, como hemos podido apreciar, presentaba una duplicidad en el discurso editorial que le permitiría reacomodarse luego de conocido el resultado de la guerra. De tal forma, su texto podría ser citado como principio de auto referencialidad, sea cual fuese el resultado de la misma. En efecto, el matutino señalaba que siempre había abogado por una solución negociada: “*Tal ha sido nuestra posición constante. Ella rechazaba todo derrotismo: el esfuerzo empeñado en contrariar la agresión externa era el que permitía encarar con serenidad y cordura la vía de la negociación. También rechazaba todo triunfalismo: el potencial de nuestro país era inconmensurable con el de Gran Bretaña, país que además contaba con el respaldo de Estados Unidos*”. Finalizaba la nota reflexionando acerca de la necesidad de “*restañar las heridas de la guerra. Esto último con la certeza de que la soberanía plena de la nación se alcanza movilizándolo sus enteros recursos naturales y humanos, y admitiendo la realización de cada uno de los sectores de la sociedad, como condición inexcusable para la plena realización del conjunto*” (15/6/82). De este modo, parecería que o bien el matutino de pronto podía evaluar cabalmente cual era la real situación de las fuerzas nacionales, o bien se atrevía a explicitar después del resultado la superioridad armamentística británica y su mejor posicionamiento en el “tablero internacional”, hasta ese momento silenciado deliberadamente en sus enunciados.

La última columna del mes de junio refería sobre la situación de los soldados argentinos en manos de los ingleses, equiparados erróneamente por el cotidiano con la “*situación de los refugiados*”. Luego de indicar las contradicciones entre las declaraciones de los oficiales y la de los

miembros del gobierno británico en cuanto a la cantidad precisa de los prisioneros (15.000 en un caso y 9.000 en otro), las posibilidades materiales de mantenerlos cuando aún recibían ataques y a las condiciones en las que se encontraban, ya que el vocero del Ministerio de Defensa, Ian McDonald, sostenía que según los informes oficiales recibidos *"los argentinos se encontraban en malas condiciones y padecen de malnutrición, afecciones plantares, falta de refugio y ropas húmedas"*. Ante las versiones encontradas, el diario exigía admonitoriamente la *"palabra orientadora de alguna alta autoridad argentina"* y que ambos gobiernos asumieran la responsabilidad que les competía¹⁹ colocándolos del mismo lado, en este caso, del que perjudicaba a "los argentinos". Así reclamaba enfáticamente: *"La asistencia a los prisioneros no puede ser negada por las autoridades británicas ni demorada por las autoridades argentinas en base a ninguna consideración que no sea la necesidad de preservar a esos hombres del embate de los elementos y de las enfermedades, preservándoles salud y vidas, como primera e inexorable providencia"* (17/6/82). Resulta interesante subrayar que hiciera hincapié en las contradicciones o explicara que las condiciones materiales de las Islas no estaban preparadas para la cantidad de gente que en ese momento se encontraba transitoriamente, cuando por esos días otros colegas ya denunciaban el hallazgo, en Rosario y Comodoro Rivadavia, de tabletas de chocolate que portaban cartas de alumnos para los soldados (Lorenz, 2009: 69), el maltrato que habían sufrido y la falta de información oficial sobre las bajas, por caso el diario *El Día* (Díaz, Passaro, 2012).

Durante el mes de agosto, apenas pasados los estrépitos de la confrontación reclamaría en dos ocasiones, combinando el estilo crítico y admonitorio, aclaraciones por parte del gobierno acerca *"de los presupuestos sobre los cuales los responsables tomaron las decisiones de recuperar las islas"* (13/8/82)²⁰. Al respecto, solicitaba que respondieran a *"los interrogantes levantados por esa acción [que] no han sido respondidos. Resulta incomprensible la falta de preparación diplomática, lo que llevó al aislamiento. Los hechos en el terreno político y militar desautorizaron todas las hipótesis divulgadas por los voceros oficiales. Las posibilidades ofrecidas por la negociación no fueron utilizadas con apego a la realidad. Falta aclarar en qué medida influyeron las motivaciones internas"*. Luego continuaba la retahíla de demandas sin hacerse cargo de lo que le competía, y como estrategia para reacomodar su discurso hacia atrás: *"Tampoco se comprende el ominoso triunfalismo de los medios de difusión de masas en manos del Estado hasta pocas horas antes del desapacible final. La ciudadanía apoyó con su sangre, sus bienes y su fervor la causa histórica de la reconquista de las islas. Merece explicaciones. No merece que todo lo*

ocurrido quede archivado como si fuera un incómodo delirio y no la pasión vivida por un pueblo consciente su destino” (22/8/82).

La última nota dedicada al tema en ese año fue referida a las declaraciones del cuarto presidente de facto, Reynaldo Bignone, sobre la necesidad de buscar una solución pacífica para el conflicto del Atlántico Sur. Resulta útil anotar que a partir de la derrota calificara a la guerra como *“la batalla de Malvinas”* aunque no abandonara el subjetivema *“reconquista”*. En esta nota el diario mencionaba a los temas y a los actores incluidos durante la primera y la segunda etapas señaladas, a las decisiones de la ONU instando a la negociación, a la resistencia inglesa al diálogo –aunque con un discurso menos efusivo que los previamente expuestos *“el gobierno de Londres se muestra renuente a negociar”*–, al apoyo de la opinión pública a la causa y a la necesidad de que el gobierno diese explicaciones sobre lo actuado ya que la contienda bélica *“quedaba a oscuras con respecto a cuáles fueron las hipótesis de referencia sustentadas por quienes tuvieron la responsabilidad de decidir las acciones del 2 de abril y se hallaban en condiciones de medir sus consecuencias, comenzando por la reacción de la comunidad organizada de naciones”*. También volvería a referir sobre el rol de los medios en el proceso de desinformación vivido durante la guerra, por supuesto autoexcluyéndose, al cuestionar *“la omnipotencia que exhibieron durante los combates los medios de comunicación de masas en manos del Estado, los cuales informaron metódicamente en forma triunfalista, hasta que ello se transmutó repentinamente en amarga derrota”*. Finalizaba confirmando a su discurso un fuerte tono admonitorio: *“solamente una Argentina que retome el camino de la democracia política, el crecimiento económico y la justicia distributiva podrá recuperar el lugar perdido en América y en el mundo” (7/11/82)*. En este párrafo causa sorpresa la similitud de las consignas propuestas por el diario con las tres banderas históricas enarboladas por el justicialismo.

Consideraciones finales

El análisis de los editoriales de *Clarín* sobre la Guerra de Malvinas durante 1982 permite apreciar algunas particularidades sobre su posicionamiento. En primer lugar, la trascendencia del acontecimiento ameritó que le destinara gran cantidad de columnas institucionales, contrastando con el escueto número de notas dedicadas por lo general a otros actores y problemáticas.

De inmediato *Clarín* construyó a través de varias estrategias un imaginario legitimador de la guerra. Por caso, apeló a la idea de *“recuperación”* y la de *“reconquista”* para referir a la ocupación concretada el 2 de abril, incorporando enunciados con una fuerte carga dogmática,

que construían un sentido triunfalista. Esa representación de la instancia bélica se organizó en torno a una lógica argumental polarizada que identificaba a los “socios de la Argentina” (los países latinoamericanos, la OEA) y los “amigos de los británicos” (CEE, EEUU), y que se definían a partir de subjetivemas de carácter positivo y negativo, respectivamente. Explicaba que la causa real de la confrontación era el vetusto colonialismo inglés, descontextualizado dentro del nuevo orden de las relaciones internacionales al tiempo que evaluaba inadmisible esa contradicción entre dos naciones de Occidente y recordaba que el verdadero enfrentamiento era con el mundo hegemonizado por la URSS. En este punto también resaltaba la obstinada negación británica para negociar.

Durante todo el lapso abordado identificamos tres momentos. En el primero (en abril, desde la ocupación de las Islas hasta el hundimiento del General Belgrano) y en el segundo (durante mayo y junio, hasta la rendición argentina) el matutino puso en práctica las estrategias ya expuestas al tiempo a que bordaba diversos temas, algunos relacionados con los actores previamente mencionados e incorporando otros nuevos como la figura del Papa Juan Pablo II entre fines de mayo y principios de junio. El tercer momento es el que abarca la posguerra.

Los enunciados subrayaron el apoyo popular ante la decisión de los militares reconociendo la justicia del reclamo y, luego, ante la llegada de la máxima autoridad de la jerarquía católica. En los meses en que se desarrolló la guerra omitió referir a las autoridades como sujetos activos señalando apologeticamente el desempeño de las tropas y fuerzas militares.

Una vez finalizada la contienda *Clarín* dedicó escasas notas al tema, y en las mismas intentó desdecirse de su discurso previo, advirtiéndole a sus lectores que siempre había bregado por la negociación, lo cual no deja de ser cierto, pero que resulta una apreciación sesgada ya que el análisis de las columnas efectuadas da cuenta de que su posicionamiento no fue crítico con respecto a la forma en que Galtieri y la Junta Militar decidieron recuperar la soberanía de las Islas. De igual manera, incluyó en estos enunciados requerimientos a las autoridades militares para que diesen respuestas sobre las causas que motivaron la decisión de la ocupación, el desarrollo estratégico de la contienda y una crítica al sistema de los medios por desinformar a la opinión pública. Por cierto, que el matutino no se hizo cargo de lo que le competía en relación con ese tema. También incluyó temarios relacionados con los DDHH hecho que da cuenta de su viraje editorial.

De esta manera, *Clarín* intentaría ajustarse a los tiempos de cambios que advenían y para ello necesitaba refundar su imagen, alejándose del gobierno dictatorial, del que

continuaba siendo socio de la empresa papel prensa, y abandonado el ejercicio del *periodismo hermesiano*.

Referencias Bibliográficas

- *Ansaldi, Waldo. “La Memoria como cuestión política. A propósito de Malvinas” En *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales/UBA*, Dossier, N° 80, abril 2012, pp. 13-17.
- *Blaustein, Eduardo, Zubieta, Martín (1998). *Decíamos ayer*. Buenos Aires, Colihue.
- *Borrat, Héctor (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona, Gili.
- *Borrelli, Marcelo (2008). “*El diario de Massera*”. *Historia y política editorial de Convicción: la prensa del ‘Proceso’*. Buenos Aires, Koyatun
- *Canelo, Paula (2008). *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires, Prometeo.
- *Cardoso, Oscar; Kirschbaum, Ricardo; Van der Kooy, Eduardo (1983). *Malvinas, la trama secreta*. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta.
- *Díaz, César (2009). *Nos/otros y la violencia Política. The Buenos Aires Herald, La Prensa y El Día 1974-1982*. La Plata, Ediciones Al Margen.
- *_____ (2009b). “Viola, la crisis y la participación ciudadana en las agendas de La Nación y Clarín”. En *XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia CD ROM Ponencias*.
- *_____ (2011). “La Nación y Clarín frente a la Violencia Política 1976-1980. Dos casos de Periodismo Hermesiano”. En Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 153-180.
- *Díaz, César, Giménez, Mario, Passaro, María M.(2011).”Entre la guerra sucia y la guerra de Malvinas, la guerra que no fue. Los medios y el conflicto del Beagle (1977-1982)”. En Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp). *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 83-118.
- *_____ (2011a). “La Nación y Clarín: Los inicios de un prudente distanciamiento con la dictadura”. En *Anuario de Investigaciones 2007/2008*, FPCS, vol 7, pp. 53-62.
- *_____ (2011b). “Clarín, los medios y la Ley de Radiodifusión: la calidad, la soberanía y la seguridad nacional”. En *Anuario de Investigaciones 2007/2008*. FPyCS-UNLP, pp. 207-217.
- *_____ (2014). “Clarín y una particular mirada sobre la libertad de expresión durante la guerra de Malvinas”. En *XV Red Com*, Cd room ponencias.

*_____ (2014a). “Clarín, la libertad de expresión y un giro copernicano en el discurso editorial durante 1982”. En *Anuario de Investigaciones XII*, FPyCS, La Plata, aceptado para su publicación.

*Díaz, César, Passaro, María M. (2009). “Papel Prensa y la dictadura. Una historia de silencios, alianzas y oposiciones”, en Alejandro Verano (comp.). *Medios de comunicación en Argentina: diagnóstico y perspectiva*. EPC, La Plata, Tomo 1, pp. 137- 162.

*_____ (2012). “Imaginaros de guerra: la agenda editorial de El Día frente a Malvinas”. *Oficios Terrestres. Revista de Ciencias Sociales desde la Comunicación y la Cultura*. UNLP. Año 18, N° 28, páginas 33-48.

*Escudero, Lucrecia (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Barcelona, Gedisa.

*Guber, Rosana (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, FCE.

*Herrescher, Roberto (2007). *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Tusquets.

*López, José I. (2008). *El hombre de Clarín. Vida privada y pública de Héctor Magnetto*. Buenos Aires, Planeta.

*Llonto, Pablo (2003). *La Noble Ernestina*. Buenos Aires, Astralib.

Lorenz, Federico (2009). *Malvinas Una guerra argentina*. Bs. As, Sudamericana

*Martínez Albertos, José L. (1974). *Redacción periodística. Los estilos y los géneros en la prensa escrita*. Barcelona, A.T.E.

*Menéndez, María Isabel. (1998). *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Eudeba.

*Mochkofsky, Graciela (2011). *Pecado Original. Clarín, los Kirchner y la lucha por el poder*. Buenos Aires, Espejo de la Argentina-Planeta.

*Quiroga, Hugo (2004). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario, Fundación Ross.

*Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación* (1998). Madrid, Debate.

Rivadeneira Prada, Raúl (1986). *Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*. México, Trillas.

*Rozitchner, León (2005). *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia. El punto ciego de la crítica política*. Buenos Aires, Losada.

*Sigal, Silvia. *La playa de Mayo una crónica* (2006). Buenos Aires, Siglo XXI editores.

*Sivak, Martín (2013). *Clarín. El gran diario argentino*. Buenos Aires, Planeta.

*Thompson, John B. (1998). *Los media y la modernidad*, Barcelona, Paidós.

*Vasilachis de Gialdino, Irene (2006). *Estrategias de la investigación cualitativa*. Barcelona, Gedisa Editorial.

*Verbitsky, Horacio (2002). *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*. Buenos Aires, Sudamericana.

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *La agenda editorial de los no socios en las postrimerías de la dictadura militar (1982-1983)*, dirigido por el Dr. César Luis Díaz.

² Entendemos por poder simbólico la capacidad de intervenir en el transcurso de los acontecimientos para influir en las acciones de los otros y crear acontecimientos reales, a través de los medios de producción y transmisión de formas simbólicas (Thompson, 1998: 35).

³ La información pública durante la guerra se centralizó en manos del supernumerario capitán de fragata Salvio Olegario Menéndez: *“No fue información, sino acción psicológica, no sólo sobre el enemigo sino sobre el pueblo argentino”*. En Verbitsky (2002: 139).

⁴ Blaustein y Zubieta (1998: 470) reproducen las “Pautas a tener en cuenta para el cumplimiento del acta de la junta militar disponiendo el control de la información por razones de seguridad”, documento oficial enviado a los medios durante la guerra de Malvinas.

⁵ En Malvinas contamos con los testimonios de Andrew Graham-Yool (corresponsal por The Guardian), Nicolás Kasanew (ATC) y Diego González Andrade (TELAM).

⁶ Esta estrategia enunciativa fue común en muchos medios contemporáneos e inclusive encuentra antecedentes en el tratamiento editorial del conflicto del Beagle (Díaz, Giménez, Passaro, 2011).

⁷ Aplicamos los estilos editoriales propuestos por Rivadaneira Prada (1986: 217-219): apologético, expositivo, explicativo, combativo, crítico, admonitorio y predictivo.

⁸ Sivak (2013: 374) califica a la edición como “*triumfalista*”. Sin embargo, afirma que “*el editorial redujo el entusiasmo*” citando solamente las dos líneas finales, desvirtuando de este modo, el espíritu del mismo.

⁹ No sería la única vez que el matutino apelaba a la metáfora organicista para aludir al conflicto bélico “*reparar un desgarramiento territorial ocurrido hace casi un siglo y medio*” (7/4/82).

¹⁰ Denominamos *dogmático* al estilo editorial cuyos enunciados se centran en argumentaciones o expresiones que apelan a una fuerte carga axiológica

¹¹ Alexander Haig, secretario de Estado de EEUU, intentó flexibilizar las posiciones irreductibles de su país y de Londres. Sin embargo, “*según afirman las investigaciones más documentadas sobre el tema, un hecho mal predispuso a Haig: la movilización a Plaza de Mayo impulsada por el gobierno con el fin de demostrarle que si la dama de Hierro era intransigente, el pueblo argentino acompañaba al gobierno dictatorial en la lucha por Malvinas*” (Lorenz, 2009:85). Para Verbitsky (2002:143) ese fue el pretexto ya que considera que “*la acción psicológica no se dirigía al enemigo sino a la tan temida población argentina*”.

¹² Lorenz (2009: 61) señala que “*oponerse la guerra era un acto de valentía por varios motivos, pero fundamentalmente porque significaba ir en contra de una corriente de opinión dominante y cuestionar uno de los valores con mayor arraigo en la cultura republicana, que era la idea de patria*”. También impactó profundamente entre los diversos grupos de argentinos exiliados en México, España y Suecia, “*y las posiciones eran excluyentes: unos, seguramente mayoritarios, defendían el operativo militar-en tanto expresaba una reivindicación nacional, aunque sin apoyar a la Junta Militar; otros preferían el triunfo de los ingleses como medio para terminar a la dictadura. Una de las posiciones más inteligentes fue la del Movimiento contra la Guerra del Atlántico Sur constituido en Barcelona por 500 exiliados y cuyo portavoz era Eduardo Luis Duhalde. El grupo era decididamente contrario a la guerra a la cual consideraban absurda y mero subterfugio de la dictadura para tapar la grave crisis interna y sus crímenes, pero no negaban los derechos argentinos*”. En Ansaldi (2012:14). Igual división se produjo entre exiliados socialistas residentes en México, de cuya discusión resultó el libro de Rozitchner (2005). En el plano local, el MID fue el primer partido que cuestionara el desembarco, aunque esa posición no fuese incluida en los diarios.

¹³ En relación con el caso del submarino Superb, Verbitsky (2002) afirma que “*fue una guerra psicológica más argentina que británica. Fue una guerra irreal*”.

¹⁴ Guber (2001: 54) señala que las colectividades “*desarrollaron una serie de actividades que se sumaron al fervor argentino en un conflicto internacional que los convocaba como aliados amigos*”.

¹⁵ Ante la inminente llegada del Papa al país explicitaría nuevamente esta representación: “*ha venido para manifestarnos una confianza y una solidaridad en las horas difíciles que, desde luego, no lo alinea en nuestro bando*” (11/6/82).

¹⁶ La revista *Veja* fue fundada a fines de la década del 60, la de mayor circulación por entonces, y forma parte del emporio de publicaciones de la Editorial Civita en Brasil. Su línea editorial era ferozmente anticomunista.

¹⁷ Ante esta invocación, resulta insoslayable resaltar el rol que tuvo durante el conflicto por el Beagle.

¹⁸ Luis Garasino acompañó a Galtieri a las islas. El presidente de facto era compañero de promoción del hermano del periodista y solía hablar francamente con él. Magnetto convocó semanalmente al periodista para preguntarle acerca de la capacidad de resistencia de las tropas y el nivel de conflicto al interior de las fuerzas (Sivak, 2013: 375).

¹⁹ Volvería a exigir acciones concretas del gobierno militar al aseverar: “*las autoridades argentinas deben ejercitar rápidamente sus reflejos y hacer todo aquello que corresponda para evitar males mayores*”.

²⁰ Estas demandas se “mezclaban” en un editorial que analizaba los reclamos de la iglesia en relación con la información demandada por organismos de DDHH acerca de los desaparecidos, tema que recién incluyó tímidamente en su agenda editorial en 1981. En este caso, y con su particular mirada, peticionaba: “*entrándose en la última fase del actual proceso, es evidente que debió haber un enérgico y convincente empeño por corregir las situaciones excepcionales cuya persistencia no hace sino remover inútilmente las heridas de quienes sufrieron consecuencias no queridas de la lucha antisubversiva, o prolongar las penas virtuales de detenidos sin proceso, incrementada, en muchos casos, por las características inadecuadas de los institutos de detención en los cuales se encuentran confinados por*

plazos increíblemente extensos”.